

**ORDENACIÓN PRESBITERAL DE LOS MONJES EFREM DE MONTELLÀ,
BERNAT JULIOL I CARLES XAVIER NORIEGA I ORDENACIÓ DIACONAL DE LOS
MONJES GABRIEL SOLER I ANTONI GORDILLO**
Homilía del exarca para los católicos de rito griego en Grecia, P. Manel Nin
4 de noviembre de 2017
Is 61, 1-3 / Sal 22; 2 Cor 5, 14-20 / Mt 5, 13-16)

Bendito sea nuestro Dios ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Estimado P. Abad, hermanos monjes y sacerdotes concelebrantes. Estimados escolanes, familiares de los ordenantes, peregrinos de Montserrat, hermanos en Cristo. Estimados Carles-Xavier, Bernat y Efrén; Gabriel y Anton, llamados hoy por el P. Abad y la comunidad a recibir el don del Espíritu Santo en el sacramento que os hará diáconos y sacerdotes de esta comunidad y de la Iglesia.

El Espíritu del Señor Dios está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena nueva a los pobres... para proclamar el año de gracia del Señor...

El amor de Cristo nos empuja: hemos comprendido que uno murió por todos, y eso quiere decir que todos han muerto con él.

Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo...

Recibido el don del Espíritu Santo, ungidos con su fuerza, os convertís en hombres nuevos que vivís para Aquel que murió y resucitó por vosotros. Así sois sal de la tierra y luz del mundo. Podríamos decir que con esto lo hemos dicho todo sobre la Palabra de Dios que acabamos de escuchar y sobre lo que hoy sucederá y sucede para cada uno de vosotros cinco.

Para que las lecturas de la Palabra de Dios que acabamos de escuchar nos iluminen cristianamente en esta celebración de los Santos Misterios en que conferiremos el diaconado y el presbiterado a nuestros hermanos monjes. Una celebración en la que por la imposición de las manos del obispo y la invocación del Espíritu Santo, dos hermanos monjes se convertirán en diáconos de la Iglesia; y aún por la imposición de las manos del obispo y de los sacerdotes concelebrantes y por la invocación del Espíritu Santo y la unción con el Santo Crisma tres hermanos monjes diáconos serán sacerdotes para el servicio del altar en este monasterio.

Hoy el Espíritu del Señor está sobre vosotros, os cubre con su sombra, el Espíritu del Señor hoy -con la simbología de la imposición de las manos- incuba sobre vosotros (el Oriente cristiano se complace en esta imagen del "incubar ", de la gallina que "incuba la nidada" aplicada al obispo en el momento de la ordenación, para que nazca un hombre nuevo). Y en este nuevo nacimiento para vosotros, el amor de Cristo es vuestra fortaleza, aquella fuerza que continuará empujando para anunciar que Él, el Hijo y Verbo de Dios se ha encarnado, ha muerto y ha resucitado. Y por eso renacidos de este Espíritu que hoy de una manera nueva reposa sobre vosotros, seréis sal de la tierra y luz del mundo.

Os propongo que hagáis vuestra la Palabra de Dios que acabamos de escuchar, en esta clave: el don del Espíritu Santo; la fuerza que te (nos) viene de la muerte y de la resurrección de Cristo. Finalmente el testimonio que de la resurrección del Cristo dais y daréis como anunciadores de la luz nueva que nos viene del Evangelio.

Y a la luz de esta Palabra de Dios que hemos escuchado y acogido: la acogida del don del Espíritu Santo y el anuncio del Evangelio, quisiera ahora comentaros la celebración que ya estamos haciendo y proponeros verla y vivirla en la riqueza de sus textos y de

su simbología, y de una manera especial verla como un paralelo con la celebración de los Santos Misterios, de la misa en la que, como bien sabéis, después de la proclamación de la Palabra de Dios está el ofertorio del pan y del vino, un prefacio, una oración eucarística en la que se invoca el Espíritu Santo sobre el pan y el vino, y finalmente la comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, que nos hace hombres nuevos en el Señor resucitado.

En la ordenación podemos decir que sucede algo parecido. En primer lugar, después de la proclamación de la Palabra de Dios hay una llamada, un movimiento, casi como si fuera una procesión de las ofrendas, en la que habéis sido llamados y presentados por el P. Abad. Una llamada, una elección en la que la voluntad del Señor sobre vosotros se manifiesta en la petición del P. Abad y la acogida por parte de la Iglesia en la persona del obispo. Del mismo modo que los dones del pan y del vino son presentados al altar y el obispo los acoge, también vosotros habéis sido presentados y acogidos, y lo habéis sido con una pregunta y una respuesta -hechas por el obispo y por el P. abad: *¿es / son dignos? ¿Es / son dignos -ἀξιός-*. Un "digno" / "dignos" que se hará patente en las promesas que haréis delante de mí y de la Iglesia para indicar que os hace dignos únicamente Aquel ante el cual os comprometéis a vivir aquello a lo que ya os comprometisteis en vuestra profesión solemne como monjes, y que ahora se os pide que lo especifiquéis en este nuevo sacramento que hoy recibís; es decir: vuestra vida en Cristo como anunciadores del evangelio, como ministros del altar santo de Cristo en su Cuerpo y su Sangre, como hombres de oración continua, de alabanza intercesora, como hombres y como cristianos dados únicamente a un solo y único amor, siempre crucificado, el del Señor Jesucristo.

Después todos invocaremos a nuestro Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, con la Virgen y los santos, para que también nuestros hermanos se configuren, dignos de convertirse en imagen del Único Santo, el Único que por nosotros ha bajado y se ha hecho hombre. Por ello en la misma postración vuestra se ve una imagen de Aquel que bajó y se hizo obediente hasta la muerte.

A continuación habrá la imposición de las manos y la oración de ordenación -para los diáconos primero y para los sacerdotes después. En primer lugar el gesto de la imposición de las manos. Para los diáconos la imposición de manos del obispo; para los presbíteros la imposición de manos del obispo y de los otros sacerdotes concelebrantes. El gesto de la imposición de las manos, antiquísimo en la tradición de la Iglesia, indica la invocación del Espíritu Santo sobre los que son ordenados, con aquella imagen de la que os hablaba hace poco, la imagen del "cubrir", del "empollar", del "cubrir a la sombra de las alas del Señor" como cantamos en el salmo. Como si el Señor mismo nos dijera -¡nos dice!: "Tú ahora estás bajo mi protección, tú eres mío". En la imposición de manos del obispo es el Señor mismo que le impone las manos, que te cubre con su sombra, para que en su momento sus mismas manos se conviertan sacramento de su presencia en medio de los hermanos. Sin vuestra debilidad, imperfección, pecado, Él se sirve y se servirá de vuestras manos para hacer entre los hermanos viva y eficaz su presencia.

Recuerdad todas las veces que el Cristo en el Evangelio "coge", "extiende la mano" hacia alguien o algo: coge el pan y el vino y lo da ...; coge a Pedro cuando se hunde débil y asustado; coge el chico muerto y lo alza ... Es esto lo que significa la imposición de las manos del obispo y que vosotros habréis de continuar en su vida como monjes diáconos y monjes sacerdotes: tomar el Pan y el Vino santificados y darlos; coger la mano del que cae y levantarlo. Sus manos en el sacramento del altar y en el sacramento del perdón: "vuestras manos abrirán en el sacramento del perdón, la puerta de la casa del Padre" (BXVI).

Hecha la imposición de las manos, seguirá la oración de ordenación. También en la celebración de la eucaristía invocamos, con el gesto de la imposición de las manos sobre el pan y del cáliz, al Espíritu Santo para que haga el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Las oraciones de ordenación de los diáconos y de los sacerdotes, que canta el obispo, serán el momento en que, recordando la obra providente del Señor, acogeremos la gracia santificadora. El obispo, invocado la ayuda del Señor para el ministerio que ejerce: "Asístenos, Dios Todopoderoso... Señor, Padre Santo, Dios omnipotente y eterno ... ", recuerda, hace memoria de todo lo que el Señor ha llevado a cabo para nuestra salvación: la redención en Cristo, el don del Espíritu Santo, el crecimiento y la providencia para con su Iglesia.

A continuación, en una y en la otra de las oraciones, para los diáconos y para los sacerdotes, el obispo invoca el Espíritu Santo para que descendiendo sobre ellos se conviertan diáconos servidores de la Iglesia, sacerdotes al servicio del altar del Cristo. Consagrados ya en el ministerio, el obispo en la misma oración pide además que el don del Espíritu Santo recibido por los ordenados, sea también un don para la comunidad, para la Iglesia. Para los diáconos, además, pediremos que el Espíritu os haga hombres de un amor sincero, de una vida según el Evangelio. Para los sacerdotes, pediremos que el Espíritu Santo os haga anunciadores del Evangelio, administradores de los Santos Misterios cerca del altar del Cristo, en el bautismo y en el perdón.

Ordenados ya diáconos y presbíteros, seréis revestidos con los ornamentos propios de unos y otros. Revestidos ¿de qué? ¿De quién? Revestidos de Cristo. "Bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo" (Gal 3,27). Esta es la simbología del revestirse para la celebración de los sacramentos: como sacerdotes, diáconos, obispo, entramos en una comunión plena, existencial con Cristo: "es Cristo que vive en mí" (Gal 2,2). El Cristo que en la encarnación se ha revestido de lo que es nuestro: dolor, hambre, sufrimiento, esperanza, alegría... ahora vosotros diáconos y presbíteros os revestís de Él. Porque es Él, el Señor Cristo glorioso, es Él a quien los fieles han de ver en vosotros, y sólo a Él. Vosotros, cuando celebraréis los santos Misterios no hablaréis, no seréis vosotros mismos, sino que Otro hablará en vosotros. Es lo que la Iglesia de occidente quiere hacer presente con la fórmula "in persona Christi". En el momento de la ordenación, ahora, y cada vez que os acercaréis al altar del Cristo en esta basílica, en cualquier pequeña ermita perdida en las montañas, en una gran catedral o pequeña capilla de hospital, de prisión, de una gran o pequeña parroquia, lleve a Cristo en vosotros, el haga presente y también a través de la simbología del revestiros, de desaparecer para hacerlo presente a Él, para manifestarlo. Amadla y respetadla esta simbología muy profunda por lo que significa.

Finalmente los diáconos recibiréis el Evangelionario, la Palabra del Evangelio de Cristo que deberéis proclamar y anunciar. Los presbíteros seréis ungidos con el Santo Crisma, el óleo santo consagrado por el obispo que unge a los bautizados y a los que deben recibir el sacramento de la confirmación, que unge el altar cuando se lo consagra, que unge ahora vuestras manos para que sean, para que seáis, presencia de Cristo en medio de su pueblo. Ungidos, hechos "alter Christus" para los hermanos, para el pueblo, recibiréis finalmente el pan y el cáliz para que los podáis dar, santificados, a los hermanos.

Como os decía al principio, recibido el don del Espíritu Santo, ungidos con su fuerza, os convertís en hombres nuevos que vivís para Aquel que murió y resucitó por vosotros.

Hermanos, la tradición bizantina, en la que el Señor me ha llamado a servir como obispo, quiere que todo presbítero recuerde en cada celebración de la eucaristía al

obispo que lo ha ordenado y que continúe recordándolo hasta después de la muerte (del obispo). En este momento quisiera pedirlos que en la celebración de los Santos Misterios os sintáis de vez en cuando un poco bizantinos y os acordéis en la oración de este obispo hermano vuestro de comunidad, que hoy, por la generosidad fraterna del P. Abad Josep M., ha sido llamado a ordenaros diáconos y sacerdotes, y sobre todo que os acordéis en la oración de la Iglesia Católica de tradición bizantina que está en Grecia.

Pide, pedimos al Señor que, tal como dice la oración de San Basilio que habéis puesto en vuestro recordatorio, seáis siempre: "... servidores de su nueva alianza y ministros de sus Santos Misterios" (Anáfora de San Basilio). Εὐδόκησον δὴ, Κύριε, τοῦ γενέσθαι ἡμᾶς διακόνους τῆς καινῆς σου Διαθήκης, λειτουργοὺς τῶν ἁγίων σου Μυστηρίων ...

Que la intercesión de la Virgen, que desde su trono en Montserrat es la que nos muestra y nos da Aquel que es el camino, la verdad y la vida, os sea siempre ayuda y protección en su itinerario de monjes sacerdotes y diáconos. Al Cristo Señor, que reina con el Padre y el Espíritu Santo, la gloria por los siglos. Amén.